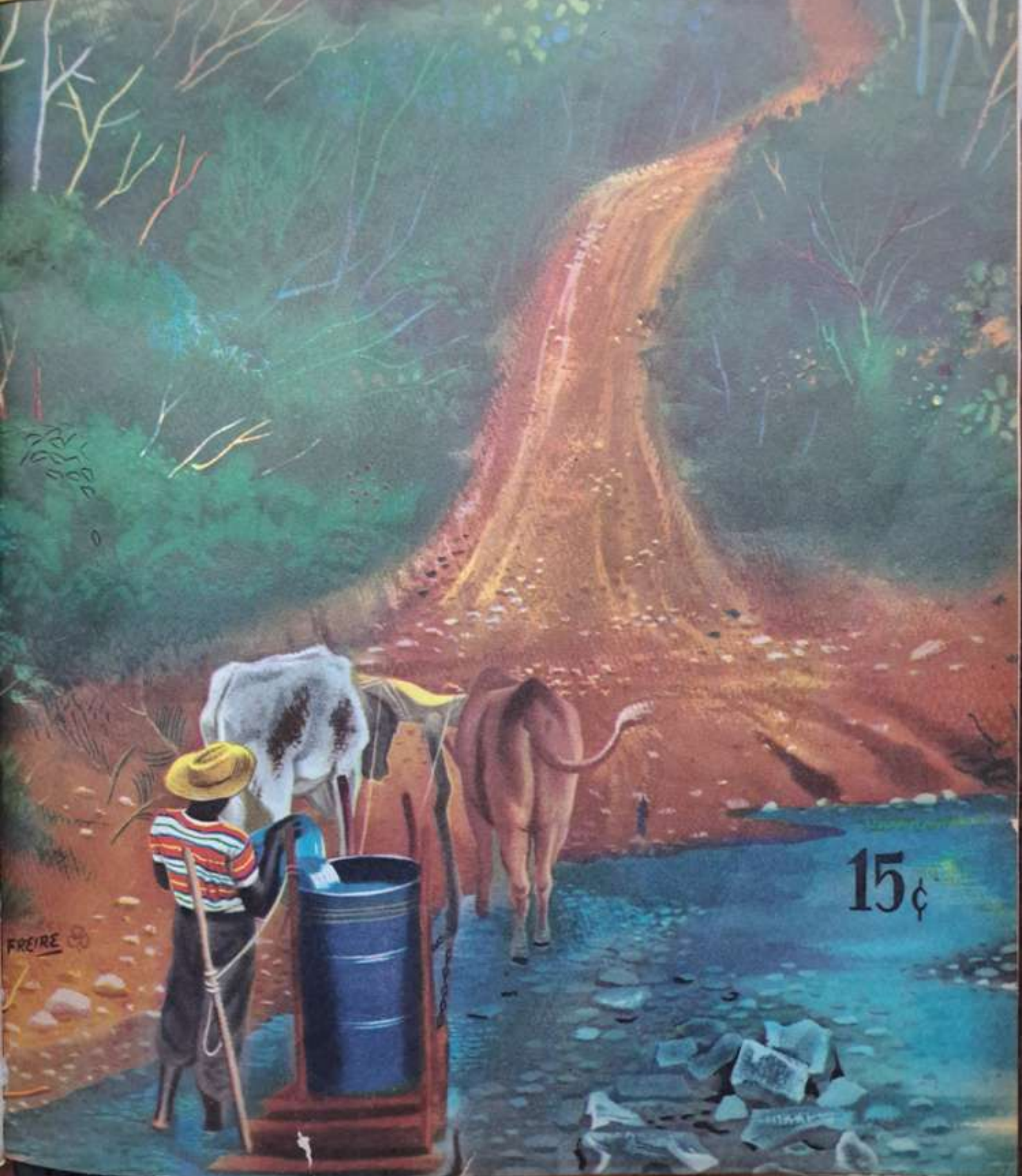


Bohemia



15¢

FREIRE



"Por favor —parecía implorar— ¡No me hagan llorar!"

A todos se nos puso la carne de gallina al ver avanzar hacia el estrado del Palacio de los Deportes la venerable figura del maestro Romeu, mientras el público que llenaba el inmenso local, de pie, lo ovacionaba sin proferir un grito, sin mover una silla ni producir otro ruido que no fuera el del aplauso. Fué como si aquella multitud hubiera sido ensayada de antemano. Como si hubiera recibido una consigna. Le seguía la banda

dirigida por su hermano Armando, tocando un danzón. Un danzón suyo. ¡Su danzón "Bella Cubana"! Y a todos nos pareció como un himno. Un himno nuevo. De gracia jaca-randosa y sutil, compuesto para esta ocasión que no olvidaremos jamás los que estuvimos allí.

Temblaba el cuerpo magro bajo la nieve que cubre su cabeza. Temblaba de pies a cabeza por mucho que él, acostumbrado a los homenajes, hacía el esfuerzo por man-

tenerse sereno. La sonrisa era un gesto de súplica en sus labios temblorosos.

UN HOMENAJE A ROMEU

A todos se nos puso la carne de gallina... Este homenaje que recibió el maestro Antonio Maria Romeu no lo olvidaremos los que estuvimos allí... Seguido por la Banda de la Marina, dirigida por su hermano Armando, hizo su entrada en el Palacio de los Deportes el viejo maestro... Nunca un artista fué ovacionado tan unánime y prolongadamente. Aquí se hace un breve recuento de su vida y se deja constancia de la profunda emoción que hizo llorar a la multitud que fué a rendirle el homenaje de la simpatía y la admiración...

por G. BARRAL
(Con fotos de BARCALA)

Esta información debió salir con la actualidad, en nuestro número anterior. Apremios de material, en vísperas de las elecciones, nos impidieron darle cabida entonces. No quiere, sin embargo, BOHEMIA dejar de sumarse —como lo hace con esta crónica— a ese grande y muy merecido homenaje que Cuba rindió al maestro Romeu.

tenirse sereno. La sonrisa era un gesto de súplica en sus labios temblorosos.

—Por favor —parecían implorar— ¡no me hagan llorar!

El hijo, el hermano, los sobrinos, que sabían que la noche anterior había sufrido una peligrosa recaída en su enfermedad, lo rodeaban solícitos sin perderle pie ni pisada.

Pero el viejo maestro tenía una meta y a ella había de llegar de todos modos. El aplauso se mantenía unánime, rítmico, persistente, clamoroso. Y la meta era el piano. Principio, objeto, anhelo y fin de su vida. Y hasta él llegó. Ahora ya podían seguir aplaudiendo. Ahora ya podían hacerle llorar para que la congoja con que la emoción oprimía su pecho no le hiciera estallar en sollozos. El piano era también ahora su apoyo. Y la mirada azul, húmeda ahora, se pasó sin rubor ni disimulo por el ámbito redondo que estallaba como una cascada.

Cuando comprendió que ya no podría resistir mucho más tiempo aquella emoción, como lo hizo toda su vida, buscó la banquetta, se situó entre ella y el piano, y se sentó. Sus manos recorrieron el teclado en una escala viva, con sabor ya de danzón. Y entonces, ¡otra vez se nos puso a todos la carne de gallina! Como si el ensayo hubiera sido cierto. Como si la consigna hubiera existido en efecto, cesó el aplauso estruendoso y se hizo un silencio absoluto, magnífico, sena-

cional. Solo, allí, en medio del ámbito redondo, se escuchaba el piano tocado por Romeu. Ya no le temblaban las manos. Ya no había vacilación en su magra silueta. Alado, como si se hubiera quedado solo, Romeu tocaba un danzón. Un danzón suyo. ¡Su danzón! ¿Qué importa el título, si ahora ya todos los danzones son sus danzones. Si ya su nombre es sinónimo de danzón. Si su vida estaba allí, sola, en medio de la multitud emocionada, convertida en símbolo solemne y sutil a la vez. Altivo y jaca-randoso al mismo tiempo del danzón?

Como en sus mejores tiempos de La Diana. Como si en su rubia cabellera no hubiera una sola cana. Allí estaba Romeu, el mago de las teclas. Allí estaba Romeu tocando un danzón. Floreando el danzón. Poniéndole esa sabrosura que sólo el danzón en sus manos es capaz de adquirir. Sus manos volaban ágiles por el teclado y ahora era en los ojos de las mujeres ¡y de muchos hombres que también peinan canas! donde había lágrimas.

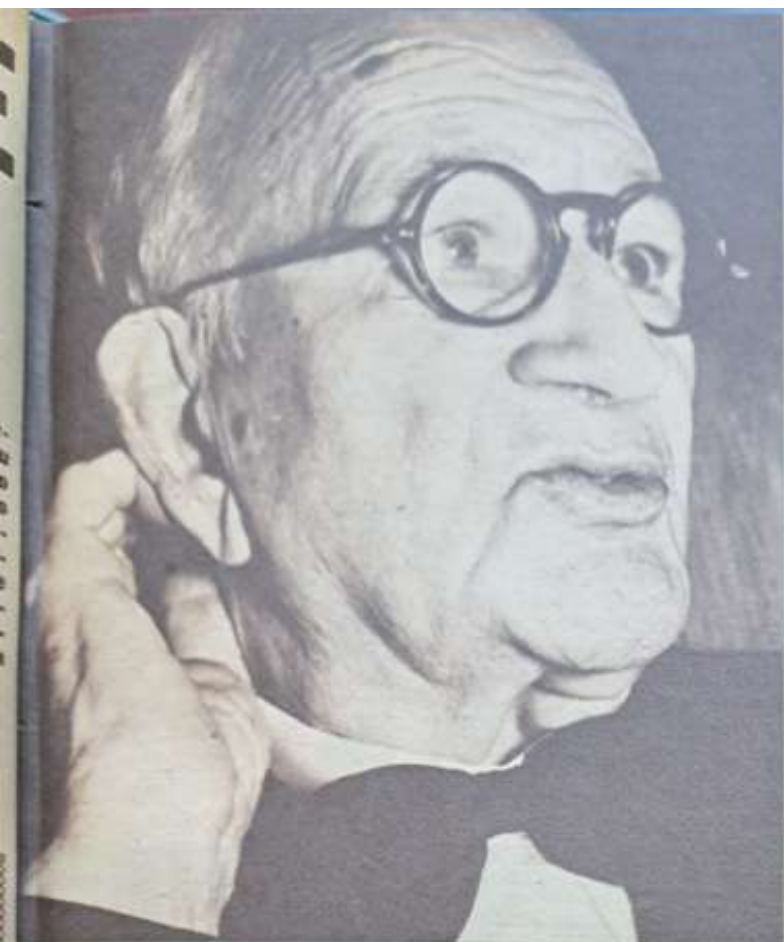
Cuando terminó, la ovación volvió a estallar unisona, magnífica. El maestro hizo el esfuerzo de ponerse de pie y saludó. Los que le rodeaban le vieron palidecer. La mano que aún se apoyaba en el piano se agarró. La otra mano buscó el hombro del hijo que estaba a su lado.

—¿Te sientes mal?

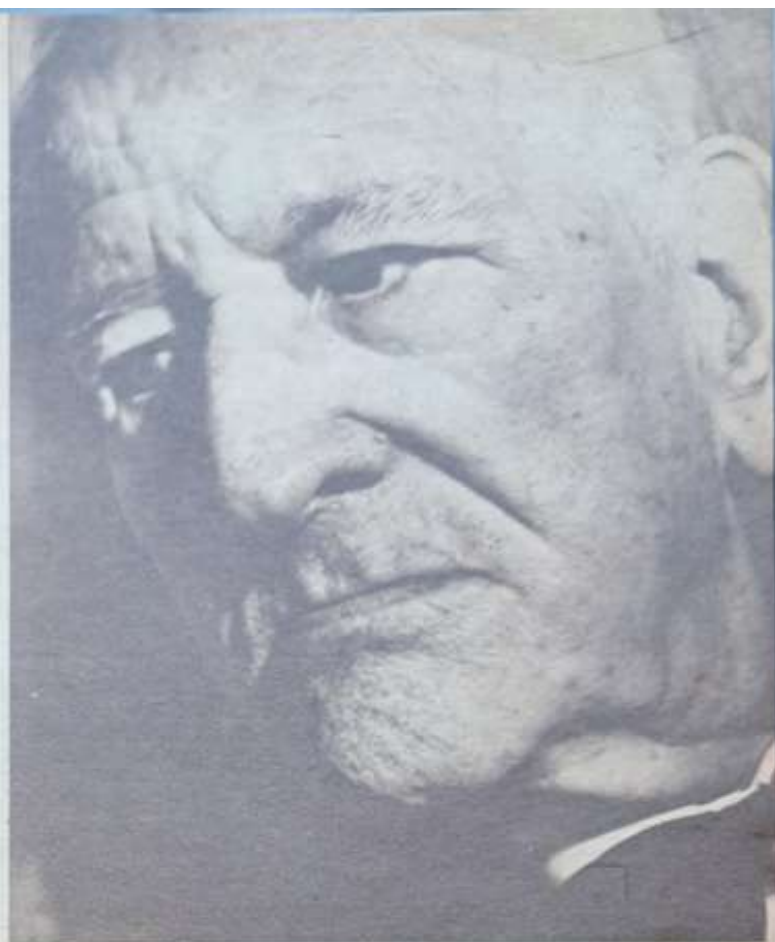
—Un poco de fatiga. Llévame de aquí. ¡Pronto!

Los aplausos le siguieron sin in-





El público, de pie, lo ovacionaba sin proferir un grito, sin mover una «lla ni producir otro ruido que no fuera el del aplauso.



Tuvo épocas de esplendor el maestro Romeu. Días en que la gloria y la fortuna iban de su brazo.



Los que le rodeaban le vieron palidecer. La mano que aun se apoyaba en el piano se agarrotó.

UN HOMENAJE A ROMEU... (Continuación)

nio María apenas había cumplido los ocho años de edad... Aquel primer baile, en Jibacoa, cuando ya había cumplido los doce... Su peregrinaje por los cines cercanos. Los bailes, los guateques. Las fiestas... Como no estaba lejos de La Habana, se llenó de coraje y vino a la capital, en busca de más amplios horizontes para su música.

Estaba terminando el siglo... La intervención americana organizaba la vida... Los cubanos se aprestaban a entrar en el concierto de las naciones libres... Había movimiento en las calles y en algunos restaurantes pretensiosos, se hacía música... El muchacho espigado, pulcro, un poco tímido, que había venido desde Jibacoa se puso al habla con el dueño de "La Diana".

—Y qué vas a tocar a la clientela?

—Danzones.

—¿Nada más que danzones?

—Y lo que pidan!

—Pues ahí tienes el piano, anda. Vamos a ver cómo te reciben...

Había comensales en casi todas las mesas. Hombres de largos bigotes y damas de amplios vestidos del 1900. Desde allá, del fondo, brotó, como una cascada sonora, la escala cromática que anunciaba la presencia del artista. Todos miraron con sorpresa.

—¡Mira qué bien! ¡Nos van a dar música con la comida!

Comenzaba el siglo y con él la nueva vida cubana. El danzón era también un medio de cubanizar el ambiente.

Y sonó el primer danzón en "La Diana", tocado por el muchacho de Jibacoa.

La señora que arrastraba su cola al salir, dió un pellizco en el brazo al marido. —Pero mujer, si te estoy mirando a ninguna parte!

Y la mujer, bajando la voz y conteniendo la risa se excusa: —Es que el pianista es bizco.

—¿Bizco?

—Sí, fíjate...

—Anda, pues es verdad.

Y desde entonces, le llamaron "El Bizco de la Diana".

Se dejó crecer el bigote. Cuando subió don Tomás Estrada Palma al poder, tenía Romeu un hermoso mostacho que rivalizaba con el de don Pancho el de "La Isla".

Once años estuvo amenizando las comidas de "La Diana"... Después tuvo su orquesta. Su primera orquesta... Las casas impresoras de música se disputaban sus danzones, que se popularizaban rápidamente... Casi dos mil tiene compuestos... Y era su orquesta francesa... Su charanga, la que los estrenaba en los bailes. No había

(Continúa en la Pág. 85)



Y aquí está Romeu, dejándose ganar por la fatiga que la emoción le produce...

terrupción hasta que se perdió tras las cortinas. Cuando supo que el público ya no lo veía, se dejó caer en una silla.

El hermano, el hijo, los sobrinos, los organizadores del homenaje lo rodearon inquiriendo qué quería que hicieran.

—No es nada. Ya pasa. Déjenme descansar un rato y después me llevarán a casa...

Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Fueron unos minutos. Muy pocos. Los suficientes para que bajo el cráneo desfilara su vida maravillosa...

El pequeño pueblo, Jibacoa, que le vio nacer... El Presbítero don Joaquín que le enseñó a tocar el piano cuando el pequeño Anto-



Que vengan todos los ritmos extranjeros. Que inventen otros bailes cubanos. Que los muchachos se vuelvan locos por las nuevas formas. ¡No importa! Mientras haya danzones habrá esperanza...

El maestro Belisario López charla con Romeu de música cubana y, claro, de danzones.

UN HOMENAJE A...

(Continuación)

otro medio de difusión. Los bailes, las pianolas automáticas y los discos para fonógrafos de bocina... Todos los años se iba a New York con la orquesta a grabar sus danzones... La gente lo criticaba porque de los números más conocidos hacía un danzón... ¡Hasta las óperas las puso Romeu en compás de 2 por 4!... Todavía hoy se toca "La Flauta Mágica", cuya primera edición, en discos Columbia, alcanzó la fabulosa suma de setenta mil.

En las exposiciones internacionales se premiaban sus discos de música cubana... ¡De danzones, claro!... En Filadelfia él y su hermano Armando se presentaron con una colección de rollos para autopianos y ganaron un primer premio, una medalla de plata y una mención de honor...

Después vino la lucha contra el fox-trot... Las otras orquestas de danzones se convirtieron en jazz-bandas... ¡Lo que sufrió el maestro Romeu al ver más que relegado, repudiado su danzón!... Oiganle a él mismo cómo cuenta una anécdota de aquellos días:

—En un club, de cuyo nombre no quiero acordarme, me contrataron para que tocara un danzón a las doce de la noche. Y, en efecto. Cuando empecé a tocarlo, me dejaron solo los bailarines. Todos se habían ido al buffet. Inquirí de un amigo la causa de aquella dispersión y me sacó de dudas diciéndome que la mejor manera de llevar a la gente al buffet era haciendo tocar un danzón, porque nadie lo bailaba...

Después vino el son desde allá, de Oriente... La gente fué abandonando el fox-trot por el nuevo ritmo cubano... Y quíeránlo o no creer, el son salvó del olvido al danzón... Antonio María Romeu se agarró del son para agregarle a las terminaciones del danzón, cantados también, para que no perdiera su sabor y su forma...

Hoy, gracias a él y a los que como él siguieron teniendo fe en el danzón, nuestro baile nacional, vuelve a ser bailado y pedido por los jóvenes de ahora y de antes.

Tuvo épocas de esplendor el maestro Romeu. Días en que la gloria y la fortuna iban de su brazo. Supo del halago del triunfador y también del olvido, cuando su música no era la que aceptaba el público. Pero lo mismo en la riqueza que en la pobreza. En la soledad del olvido, Romeu fué un hombre tenazmente laborioso.

—Hay que salvar el danzón...

Y trabajaba sobre el papel pautado. Su inspiración siempre joven, no tuvo un momento de vacilación ni de miedo...

Que vengan todos los ritmos extranjeros. Que inventen otros bailes cubanos. Que los muchachos se vuelvan locos por las nuevas formas. ¡No importa! Mientras haya danzones habrá esperanza.

—El danzón tiene que salir a la luz...

Y escribía... escribía... Un danzón, otro... Los componía al piano y los llevaba al papel... Después, la instrumentación. Después, a la orquesta...

—Aquí traigo un nuevo danzón...

Los músicos se miraban y hacían burla al viejo maestro. ¡Chochea, el pobre!... ¡El danzón ya no se usa!... Pero lo ensayaban. Y les gustaba tocarlo...

Los achaques lo retuvieron por una larga temporada recluido en su casa. Pero Romeu descansaba,

reposaba su larga convalecencia, escribiendo más danzones...

Y aquí está el danzón, triunfando de nuevo en el entusiasmo de los bailarines... Y aquí está él, dejándose ganar por la fatiga que la emoción le produce al verse tan cariñosamente admirado por la multitud.

Quizá en los breves minutos que se echó a descansar de este momentáneo mal que bien se puede llamar "de popularidad", toda la vida gloriosa que tiene vivido haya pasado bajo su cráneo. Y su vida está aquí, también recordada por el cronista mientras el maestro se estuvo quieto, echada la cabeza atrás, con los ojos cerrados...

Allá, en el salón, ha vuelto a sonar la música de un danzón.

Romeu ha abierto los ojos y está fijando la mirada en los que le rodean.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. ¡Si no ha sido nada!

—¿Qué te parece si te vas a casa ahora mismo?

Ya está de pie. Miguelito Valdés se abraza a él emocionado. El maestro Belisario López también.

—Sí. Vamos a casa. Me siento muy cansado...

Allá, en el salón, el danzón servía de música de fondo a esta retirada, un poco abrumado por la gloria, del maestro...